
Emilio Lluca Ubeda

El museo arqueológico de Sagunto

Es casi normal encontrar piezas arqueológicas en Sagunto en cuanto se realiza cualquier labor agrícola, o en el derribo de edificios, hallar cualquier indicio de romanización. Esto sucede tanto en el recinto de la acrópolis como en sus laderas; se encuentran cerámicas, inscripciones, monedas, útiles corrientes; otras veces hasta estatuas, mosaicos, etc. Esto viene ocurriendo desde que fueron ocupadas tales tierras por gentes pertenecientes al Islam, época en que se construyeron nuevos edificios sobre las viejas ruinas y se puso en marcha otra vez el agro saguntino.

¡Cuántas veces hemos oído decir que de conservarse todo lo que en Sagunto se ha encontrado tendríamos un gran museo!. Cuanta verdad encierran estas palabras; y más si tenemos en cuenta que tras milenio y medio de vida urbana y agrícola, aún sigue siendo importante cantera de testimonios del pasado esplendoroso de la antigua Saguntum. Pensemos lo que sería cuando sobre las edificaciones romanas y sobre sus ruinas, así como templos, quintas, necrópolis, sólo existía la tierra que el transcurso del tiempo había ido depositando.

Pero, al parecer, las venerables ruinas y restos antiguos no despertaban ningún interés hasta el siglo XVI en que los humanistas intentaron ver en aquellos objetos las voces de épocas pretéritas, que podían darles noticias no reflejadas en los libros de los autores latinos, o incluso completar crónicas de la historia. La numismática y la epigrafía gozaban de gran prestigio en aquellos años; se acuñaron grandes colecciones de monedas y las lápidas para evitar su pérdida eran empotradas en los muros de las casas de nueva planta, donde, si bien eran maltratadas por las inclemencias del tiempo, al menos se conservaban. La idea de un recinto en donde se conservarían los objetos antiguos era una necesidad apremiante que afloró gracias al interés del Príncipe Pío y de su contemporáneo Francisco Pérez Bayer. Este último puso de manifiesto la existencia de unas piedras escritas con un alfabeto desconocido -el ibérico- «En caracteres desconocidos -decía al con-

de de Florida Blanca en carta fechada el 29 de junio de 1787, griegos, sin duda y del primitivo antiquado alfabeto de este idioma», «eran unos monumentos preciosísimos», que en Murviedro, «a excepción de uno, están a la mano, arriesgadísimos á un golpe ú otra injuria». Esto hizo pensar a Pérez Bayer la idea de la reunión de dichos materiales en un local, que por la forma que lo concibió el ilustre personaje, podemos considerar el primer Museo Arqueológico de Sagunto, y podía ser la idea de lo que hoy concebimos como museo monográfico, ya que solo se recogerían las inscripciones ibéricas; las romanas, según Pérez Bayer, «en realidad sólo sirven de manifestar la grandeza en otros tiempos de aquel pueblo, y justificar su verdadero sitio». Por el contrario, las ibéricas eran «piedras preciosas cuya falta se llorará perpétuamente por la gente que ama esta recóndita erudición: porque no tendrá ya en los originales, como hoy tiene, un seguro pie sobre que tirar sus líneas ni se fiará de las copias».

Por todas esas razones, Pérez Bayer propuso la creación del Museo: «Assí que, Señor Excelentísimo, no solo conviene sino que es necesario de toda necesidad que estos monumentos se pongan á cubierto de toda injuria y se coloquen en la Casa Ayuntamiento de dicha Villa, en pieza cerrada y segura: á buena luz y proporcionada elevación para que puedan verse y copiarse comodamente por los curiosos...». Para realizar el traslado de las inscripciones desde los lugares en donde se hallaban, se comisionase al Dr. Enrique Palos y Navarro.

El proyecto de Pérez Bayer fue bien acogido por el Ministro Florida Blanca, pero fue el nombramiento del Dr. Palos lo que dificultó su ejecución. Era Palos y Navarro, según las propias palabras de Pérez Bayer, «por lo que mira á hombría de bien...un sugeto acabado (es decir, cabal); piensa con mucho pundonor, es mui aplicado a las antigüedades de su Patria y celoso del cumplimiento de las órdenes de S.M.». Por esta razón le consideró «sugeto que puede ser en aquella Villa util para la conservación de los preciosos monumentos que en ella se conservan». Pero habia un inconveniente aunque al parecer para Pérez Bayer no lo era, y es que Palos no gozaba de la consideración de los eruditos de la época, siendo objeto de críticas y burlas de la mayor parte de los humanistas valencianos, encabezados por el conde de Lumiares. El promotor del Museo saguntino reconoce que Palos «no tiene aún todos los conocimientos necesarios, pero los irá acabando de adquirir con su estudio y el uso y práctica».

El conde de Floridablanca ordeno al Ayuntamiento de Murviedro que cuidara de los monumentos descubiertos. Así pues, en abril de 1788, entró la orden del ministro en el dominio de la burocracia. La falta de suficiente

documentación publicada hace ya varios años por Felipe Mateu y Llopis, nos impide saber el resultado de todas esas gestiones.

En 1792, siendo ya ministro Godoy, se publicó una Real Orden confiando al Dr. Palos y Navarro el cargo de «Conservador de todas las antigüedades de Murviedro, con facultad de impedir su ruina y sustracción», lo que le permitió conseguir una pequeña colección de epigrafía tanto ibérica como latina. En la habitación que el Ayuntamiento había habilitado a tal fin, pudo copiar varios epígrafes el francés Laborde cuando, en 1793, visitó Murviedro. Este «cuarto de les pedres» sería el primer museo saguntino, del que apenas si se tienen noticias, pero que al parecer era más almacén que no un lugar de exposición, como pretendía el proyecto de Francisco Pérez Bayer.

Llegamos al siglo XIX, cuya primera mitad fue excesivamente agitada para que la atención de las gentes se fijara en labores eruditas y pacíficas. Pero, en 1860, el cronista de Valencia, Vicente Boix, se propuso el noble empeño de reunir en el teatro romano las piedras escritas que se encontraban desperdigadas por doquier. Hasta el monumento llevó las que pudo, sujetándolas con cemento a las paredes laterales de la escena, dejando las más sueltas, más o menos ordenadas cronológicamente a la entrada del teatro romano, que por aquellos años había sido cercado por una verja a cuenta de la Diputación Provincial de Valencia. La idea de reunir en el teatro la colección epigráfica se debía a la visita que realizara en 1859 el comisionado por la Real Academia de La Historia, Antonio Delgado, uno de cuyos objetivos era «impulsar la formación, ya comenzada del Museo Arqueológico», en cuya visita le acompañó Vicente Boix. Sin embargo, y tras el esfuerzo de Boix, sólo se había reunido una docena de inscripciones; las demás se hallaban empotradas en las casas de la ciudad o, lo que es peor, se habían perdido para siempre.

La modesta colección iniciada por el ilustre setabense, cronista de Valencia, fue creciendo rápidamente gracias al interés de los saguntinos, en especial del cronista de la ciudad el siempre admirado Antonio Chabret Fraga, quien en 1888, había conseguido doblar su número: veinte lápidas latinas y una ibérica se encontraban en el recinto del teatro romano. El interés de Chabret y de un buen número de saguntinos amantes de su pasada historia, mostraba impaciente la necesidad de crear en la ciudad un museo, un local en el que recoger los restos del pasado remoto de Sagunto.

No sólo aparecían o se recuperaban lápidas: en unas ocasiones la casualidad y en otras la rebusca, iban proporcionando restos diversos; abundaban los restos arquitectónicos, utilizados la mayor parte de las veces co-

mo material para la construcción (fustes de columnas, capiteles, bajorrelieves, etc.). Había también restos de figurillas de bronce, cabezas de mármol, fragmentos de estatuas, que la mayoría fueron a parar a manos del mercado anticuario, de donde pasaron a colecciones privadas, hoy desaparecidas. O mosaicos, como el famoso de Baco hallado en 1745 y que, conservado por Real Orden bajo un cobertizo, fue perdiéndose poco a poco al llevarse los visitantes, como recuerdo, las teselas. Aparte de vasijas o fragmentos de las mismas que iban apareciendo a lo largo de los años y que la curiosidad de algunos aficionados permitió conservar, apenas quedaba nada.

Ya en este siglo, y más concretamente en 1920, Sanchis Sivera publicó su recopilación de epígrafes romanos de la diócesis valentina, dando noticia de más de doscientas lápidas, de las que solamente se conservaban ochenta y cinco. Aunque se habían recuperado unas cuantas más, las pérdidas también habían aumentado. El problema seguía siendo el mismo del siglo anterior, y en lo que respecta a objetos no epigráficos, a los que conforme pasaba el tiempo la ciencia histórica concedía más importancia, el estado era cada vez peor.

Un año después de la publicación de Sanchis Sivera, el profesor Manuel González Simancas, realizó unas excavaciones en el recinto de la Acrópolis, como primer intento serio de averiguar la historia sepultada de Sagunto. Al citado excavador se le presentó el problema de la conservación de los objetos que iban saliendo a la luz, resolviéndolo, de forma más que provisional, al habilitar unas pequeñas dependencias del arruinado pabellón que había sido residencia del gobernador militar de la fortaleza, en la llamada plaza de Armas, para almacenar en ellas los materiales arqueológicos que iba recuperando a la penumbra de los siglos. Pero el verdadero problema que encontró el arqueólogo González fue el de la propiedad del Castillo, que pertenecía al Ministerio de la Guerra, con lo que una serie de inconvenientes burocráticos y de cuestiones de competencia, retrasaban la solución del cada día, conforme las excavaciones iban acumulando nuevos materiales, más acuciante problema del museo.

El abogado valenciano Juan Pérez Lucia, inició la petición de 25.000 pesetas al Ministerio de la Guerra, para construir en el recinto de la acrópolis, un Museo destinado a exhibir los restos arqueológicos de las excavaciones llevadas a cabo por González Simancas y por iniciativa del Príncipe de Asturias. Dicha cantidad se logró apenas formulada la petición y a los ocho meses era una realidad el Museo Militar, cuya construcción corrió a cargo del cuerpo de ingenieros militares.

Hasta 1925 no se construyó el edificio que, hasta hace poco, se ha lla-

mado Museo del Castillo, pero cuyo título originario fue el de Museo Histórico Militar de Sagunto. Es de suponer que el excavador de Sagunto Manuel González Simancas, con el pretexto de encontrar muchos testimonios de la guerra de la Independencia, armas, restos de uniformes, insignias, etc., de los ejércitos napoleónicos, sugirió la idea de crear un Museo en el que se recogieran todos estos objetos a los descubrimientos verdaderamente arqueológicos.

El primer Museo de Sagunto es un sencillo edificio de severo estilo clásico, de orden dórico, que consta de un peristilo y una nave rectangular a los que se adosaron la casa del conserje y demás dependencias. Estas últimas se levantaron sobre las ruinas de la capilla y del pabellón del gobernador aprovechando los muros que aún quedaban en la plaza de Armas del recinto amurallado. A este local -provisional- se llevaron todos los objetos que se encontraban diseminados por el montículo y por la ciudad además de los que proporcionaban las excavaciones.

Desde 1925 hasta hace pocos años, Sagunto contó con dos museos; el del Castillo y la colección del Teatro Romano. Y naturalmente surgieron los inevitables problemas, en especial a la hora de determinar en cual de las dos colecciones debían ser ingresados los objetos arqueológicos que aparecían por cualquier punto de la ciudad que no fuera el Castillo. Tales colecciones, a raíz de la última contienda civil debieron ser embaladas y trasladadas a Valencia, donde permanecieron hasta el año 1943, fecha en que ya había fallecido el excavador de Sagunto González Simancas. Por ello, de la pesada tarea de reinstalar las colecciones se tuvo que ocupar Pío Beltrán Villagrasa, nombrado Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas. También fue provisional la nueva exposición de los objetos recuperados, pues ya por entonces se había solicitado la construcción de un nuevo Museo, por ser completamente inadecuadas las instalaciones existentes. Cerca de diez años se tardó en contar con un nuevo edificio; fue la Delegación de Regiones Devastadas la que construyó en 1952, al pie de la acrópolis y junto al teatro romano, el que hoy alberga, de forma provisional, las importantes colecciones arqueológicas aparecidas en Sagunto y su zona de influencia. Es un sencillo edificio cuyas líneas se inspiran en ideas arquitectónicas romanas; consta de un vestíbulo, a cuyos lados existen dependencias accesorias, y una galería formada en rectángulo que rodea un patio descubierto. En la galería fue colocada la importante colección epigráfica latina, ibérica, hebrea, etc., y demás piedras trabajadas que anteriormente habían estado en los accesos del teatro.

Cuando se consiguió, al fin, reunir en el nuevo local todos los testimo-

nios del pasado saguntino, a él se trasladaron las viejas vitrinas del «museo de arriba» y en ellas se continuaron exponiendo, no en muy buenas condiciones, los pequeños objetos. Muy pronto se comprobó que el recinto recién construido resultaba pequeño, insuficiente. Se volvieron a colocar fuera del edificio y en los accesos al teatro romano los últimos y continuos hallazgos epigráficos, así como fustes de columnas y demás objetos de piedra, por lo que haría falta un edificio mayor y mejor acondicionado con el fin de evitar el exceso de humedad que se registra dentro de la galería, así como de una concepción arquitectónica distinta del que hoy existe.

Material no falta para llenar un gran museo. Si no, ahí están una infinidad de restos expuestos al sol y a las lluvias, grandes trozos de mosaicos romanos apilados y amontonados como si se tratasen de ladrillos, vasos de la Edad del Bronce procedentes de las excavaciones del Pic dels Corbs y un largo etcétera. Si la iniciativa de grandes saguntinos, ya en el siglo XVIII, no consiguió la instalación de un museo digno de Sagunto, nosotros creo que tendremos que esperar un largo tiempo, para solucionar el problema de alojamiento de los restos arqueológicos, que continuamente van apareciendo en Sagunto, así como la ardua labor de búsqueda y recuperación que lleva a cabo el Centro Arqueológico Saguntino desde hace veinticinco años de vida corporativa.

Por último, hacer referencia al Decreto 474/1962, de 1º de marzo, por el que se declara a petición del Ministerio de Educación Nacional, al Museo Arqueológico de Sagunto, Monumento Histórico-Artístico, afectando esta declaración oficial tanto a las colecciones existentes en él como al propio edificio.

LOS FONDOS DEL MUSEO

Las colecciones expuestas en el Museo de Sagunto son de diferentes procedencias. Desde las excavaciones del año 1923 iniciadas por González Simancas, hasta las realizadas por el Centro Arqueológico Saguntino, existen también hallazgos esporádicos y donaciones particulares. Muy variados son los materiales aquí expuestos, abarcando distintas épocas de la vida saguntina: desde materiales procedentes del Pic dels Corbs, poblado este de la Edad del Bronce, pasando por la cultura ibérica y la romana hasta la musulmana y hebrea.

En nuestro Museo destaca la importante colección epigráfica tanto latina como ibérica. De la primera hay más de doscientos cincuenta ejemplares; a la segunda pertenecen alrededor de quince inscripciones y de la

hebra sólo contamos con dos interesantes muestras. Otra colección destacada es la de cerámica, en donde podemos ver las procedentes del Bronce Valenciano, los vasos ibéricos (pintados), los de la cultura romana y del medievo. Cabe asimismo añadir la importante colección de mosaicos romanos descubiertos en distintas épocas y recuperados del casco urbano de la ciudad, y una interesante serie de Anforas romanas procedentes del mar, de tierra, monedas, doliums, restos de esculturas, usos y objetos de hueso, metal y cerámica, exvotos y un largo etc.

Nuestro Museo, junto al teatro romano y los restos de la Acrópolis, es visitado anualmente por miles de turistas, amantes de la historia y la arqueología, tanto españoles como de diversos países europeos y americanos, que se llevan una buena impresión a pesar de la falta de condiciones de todo tipo que reúne el recinto del Museo. Esperamos que en un futuro se resuelvan estos inconvenientes y podamos ofrecer una muestra de nuestros más preciados tesoros a la curiosidad de las gentes que nos visitan y a los especialistas que vienen a estudiar los objetos y restos que contiene el Museo.



Fachada principal del actual Museo Arqueológico de Sagunto

EL TORO IBERICO



Tal vez sea esta escultura, la pieza más importante del Museo de Sagunto. El toro ibérico de Sagunto fue hallado alrededor del año 1930 en uno de los terrenos de extracción de tierras de una fábrica de ladrillos situada en la partida de Montiver de Sagunto a tan sólo cinco kilómetros de la ciudad. Este ejemplar de toro apareció junto a cerámicas y algunos objetos de interés arqueológico; por su situación en el momento del descubrimiento, se puede suponer que indicaba un límite fronterizo de demarcación o quizás encerrase alguna significación religiosa. Fue esculpido por un artista anónimo del siglo IV antes de Cristo, y representa el hallazgo más septentrional de escultura animalística de la cultura ibérica.

El toro ibérico que se guarda en el Museo saguntino está esculpido en piedra y se halla sobre un pedestal de sillería protegido por una urna de cristal.

BUSTO EN RELIEVE



El hallazgo de esta pequeña obra de arte ocurrió en junio de 1965, al abrir un muro de mampostería en la calle San Miguel de nuestra ciudad. Entre otros objetos y fragmentos apareció tan interesante pieza, que representa un busto romano en mármol blanco, en forma de medallón, reproduciendo el perfil de un personaje, de cabeza laureada y muy finamente trabajada, en la que se aprecia claramente la labor del trépano. Parece un trabajo ejecutado en época de los Flavios (Vespasiano), aunque no se parece a ningún personaje conocido de la familia Flavia.

Las dimensiones de esta bonita pieza escultórica son: 0,09 m. de Alto y 0,08 m. desde la boca al lazo de laurel que se ve en la nuca con un espesor máximo de 0,01 m. aproximadamente.

A la vista de tal relieve se puede identificar como un aplique, pues eso es lo que parece, por ser media cara, esto es, la parte izquierda de la cabeza del personaje representado, a la que podríamos considerar como una obra menor que pudo formar parte, por sus características, de otra composición mayor, posiblemente de un monumento funerario.

HERMES BAQUICO



El hermes báquico conservado en el Museo de Sagunto, fue hallado casualmente al 15 de enero de 1933 en un huerto propiedad de Mariano Condomina al realizar unos trabajos de desfonde. Este huerto está situado en el famoso montículo denominado «Cabeçolet», ubicado en la partida de Montiver de Sagunto.

Este busto es un bello ejemplar de mármol blanco al que el tiempo le ha dado una pátina amarillenta, estando en buen estado de conservación a pesar de las ligeras mutilaciones que se observan y que se produjeron al ser golpeada por el arado con que se realizaban las labores agrícolas apuntadas con anterioridad. Prontamente esta pieza pasó a formar parte de los fondos del Museo, en donde se puede admirar en una de sus vitrinas. Las medidas del hermes son: altura total 25,4 cm; anchura de la cabeza, 16 cm.; anchura del pedestal que le sirve de base, 15,5 cm.

Durante mucho tiempo se dió a este busto el nombre de Sileno, por asociar los adornos de la testa del hermes con la diadema de yedra y las flores que suelen llevar las representaciones de aquel, sátiro de expresión bestial y orejas caballunas que pertenecía a la asociación religiosa de Dionysos y que suele aparecer incluso con atribuciones báquicas. Otras deno-

minaciones se le han atribuido a nuestro hermes, igualmente desacertadas. La realidad es que esta escultura saguntina representa al Dionysos de los griegos o Baccus de los romanos, concebido como busto, barbado y en edad madura, con barba rizada recogida en seis bucles que guardan una regular simetría y bigote rizado en forma de ganchos perfectos. Sobre la cabeza lleva ceñida una corona de hiedra y frutos en corimbo. Su nariz, recta, está deteriorada a la altura del caballete nasal a consecuencia del golpe recibido en el momento de su descubrimiento.

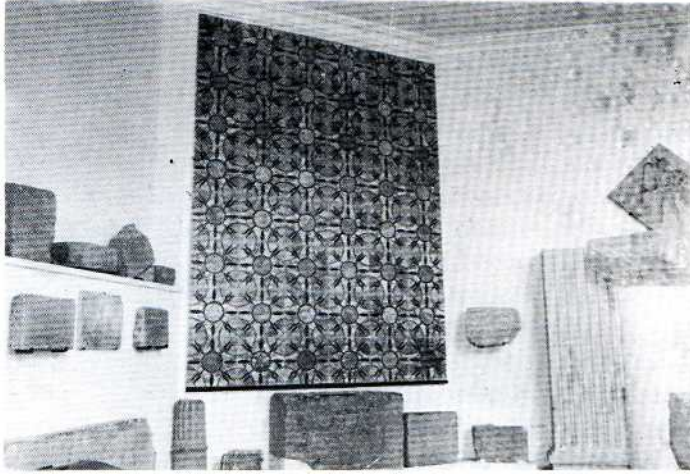
El hermes báquico de Sagunto es de época totalmente romana y concretamente de tiempos del Imperio. Su arte, de estilo y tipos arcaizante, demuestra que es obra de un buen escultor de los siglos I al II de nuestra Era. En opinión del profesor A. Balil (AEArq. XXXV. Madrid, 1962, pág. 151) el hermes saguntino es «obra de un taller provincial, quizá local» y su tipología lo acerca a uno conservado en los almacenes del Museo Vaticano. Esto último no es de extrañar, dado el tradicional uniformismo del arte romano y la extensión de este tipo de esculturas en todo el mundo romanizado.

CAPITEL CON SIMBOLOS MARINOS

Entre la extensa colección de capiteles de diversos órdenes que se conservan en el Museo cabe destacar, por su interés, uno decorado con motivos marinos que, por otro lado, son algo así como la representación de la antigua ciudad: la concha y el delfín, símbolos frecuentes también en las monedas de ARSE-SAGUNTUM. Este capitel esculpido en mármol blanco en cuyas volutas están bellamente ejecutados los mencionados símbolos marinos, se encuentra en perfecto estado de conservación. En la actualidad se expone sobre una columna moderna fabricada para tal fin. Este capitel lo vió desenterrar Lunioses en Sagunto en 1789, cuando se abrían los cimientos de la casa del Ayuntamiento.

MOSAICOS ROMANOS

En el Museo de Sagunto se presenta una importante colección de mosaicos romanos, llamando la atención, al estudiar los ricos materiales localizados en Sagunto, la escasez de mosaicos que se conservan en la actualidad. Hasta 1953 solo se conocía el mosaico de «Baco», descubierto en 1745 y destruido poco después, y algunas breves e incompletas referencias de otros restos de pavimentos romanos. En 1953 apareció la mitad del mosaico geométrico-floral, de dibujo negro sobre fondo blanco; en septiembre de 1956 se produce otro hallazgo importante: el de tres pisos, dos de «opus sectile» y uno, de gran extensión, de «opus tessellatum», al que se denominó «Castigo de Dirke y las cuatro estaciones», y por último, en junio



Mosáico de las Liras

de 1959, se hallaron los restos de otros dos mosaicos. Aparte de la recuperación de estos mosaicos romanos, en distintos puntos de la ciudad quedan sepultados por las modernas edificaciones otros varios, siendo de esperar que, cuando las circunstancias lo permitan, se puedan recuperar con todas las garantías posibles de estudio y conservación.

EL MOSAICO GEOMETRICO-FLORAL

Fue hallado en la plaza del Cronista Chabret a finales de 1953 cuando se encontraban edificando el nuevo mercado. Los trabajos de salvamento se efectuaron los últimos días del año 1953 y los primeros del siguiente, por el restaurador del Museo Arqueológico de Tetuán, Alejandro Tomillo Najarro y por el reconstructor del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia Salvador Espí Martí. Sólo se pudo extraer algo menos de la mitad del pavimento, que era lo único que quedaba, puesto que el resto desapareció varios años antes al construirse una acequia por aquel lugar.

Las características principales de este mosaico son: forma de cruz de brazos anchos y cortos, de forma regular algo asimétrica, mide de largo 12,64 metros, teniendo el único brazo que resta completo 8 metros de anchura por 2,32 de altura.

La decoración de tal pavimento es esencialmente geométrico-floral, utilizando teselas blancas y negras, de poco más de un centímetro de lado, muy regulares.

EL CASTIGO DE DIRKE

A principios del mes de septiembre de 1956, al hacerse los cimientos para el nuevo edificio de la Sociedad Musical «Lira Saguntina», también en la plaza del Cronista Chabret, lugar donde antes estaba el Convento de San Francisco, y a unos cincuenta metros de distancia del anterior, al alcanzar los trabajos una profundidad de dos metros con relación al nivel actual de dicha plaza, se tropezó con un pavimento de grandes dimensiones al parecer y con elementos decorativos. Tras el hallazgo, el Delegado Local del Servicio de Excavaciones Arqueológicas y miembros del Centro Arqueológico Saguntino, con la debida autorización de los propietarios del solar, iniciaron los trabajos de recuperación de este importante mosaico romano, que hoy puede verse fragmentado en nuestro Museo. Casi al mismo tiempo, los albañiles encontraron otros dos mosaicos, menos llamativos que el anterior pero igual de interesantes.

El mosaico llamado «Castigo de Dirke» es de forma rectangular midiendo algo más de 12 metros de largo por 8 de ancho, o sea, aproximadamente 96 metros cuadrados; se conserva completo y en buen estado. Sobre un fondo de decoración puramente geométrico, en blanco y negro, aparece un medallón central, cuadrado, conteniendo en un octógono inscrito una escena de la leyenda del castigo de Dirke, y en los puntos centrales de los lados del campo geométrico, cuatro medallones de menor tamaño, cuadrados con los lados inclinados. Tres de estos medallones menores representan figuras masculinas desnudas y el cuarto una figura femenina.

Hoy pueden verse los motivos principales de este mosaico, es decir, los medallones colocados en las paredes del Museo, ya que por falta de espacio no ha podido ser reconstruido al completo para ser ofrecido a la contemplación del estudioso y del curioso.

MOSAICO CON DECORACION FLORAL

Los mosaicos que vamos a tratar seguidamente están contruidos con losetas de mármol de distintas formas y tamaños, recortadas en piedras de distintas clases y variados colores.

El primer ejemplar cuenta con 34 metros cuadrados y está formado por ladrillos de 44 centímetros de lado, hechos de pequeñas piezas regulares y propias para formar el dibujo, consistente en una pequeña circunferencia central verde oscura con manchas claras, de la que salen, en sentido diagonal opuesto, cuatro hojas alargadas, también verdes oscuras con vetas claras, que llegan hasta el centro de los lados del ladrillo para coincidir sus extremos con los de las hojas de los colaterales.

El mosaico en su conjunto, con su rico colorido, resulta de una gran belleza y de una gracia extraordinaria, con la serie de circunferencias mayores que contienen cuatro flores de loto opuestas por sus partes superiores, alternando con las circunferencias menores de las que salen los tallos de aquellas y las hojas alargadas.

MOSAICO GEOMETRICO

El tercer mosaico que apareció en el solar del «Musical» midió unos diez metros cuadrados apareciendo muy destruido. Está formado por piezas geométricas triangulares y cuadradas que comprenden ladrillos de 42,5 centímetros de lado; cada uno de ellos lleva un cuadrado interior, paralelo al exterior, y una banda estrecha que ocupa el espacio entre ambos cuadrados.

MOSAICO DE LAS ESTRELLAS

Descubierto en junio de 1959 en el chaflán de las calles Dolz del Castelar y avenida del País Valencià. Está formado por ladrillos de 54 centímetros de lado, formando por piezas de distintas formas y colores componiendo una rica decoración geométrica; una circunferencia central que lleva dentro un cuadrado con los lados paralelos a los bordes del ladrillo, de la que salen hacia cuatro ángulos y hacia el centro de los lados sendas piezas triangulares, que, combinadas con las de los ladrillos laterales, forman estrellas y rombos. Este mosaico, en parte, se conserva adosado a una de las paredes del Museo.

MOSAICO DE LOS CUADRADOS

Igualmente apareció este mosaico de mal arte en junio de 1959. Se trata también de un mosaico de «Opus sectile» compuesto por ladrillos de 27 centímetros de lado, y formado por un cuadrado interior de bordes paralelos a los del ladrillo, de color rojo vinoso fuerte, jaspeado de amarillo, inscrito a otro con los ángulos en cruz, o sea con los lados inclinados, hecho con cuatro piezas triangulares de distintas tonalidades de gris; entre este segundo cuadrado y los bordes se encuentran otras cuatro piezas triangulares, de diversos tonos amarillos. El conjunto vendría a ser como un ajedrezado; cuadros amarillos y grises, con un cuadrado inscrito en estos últimos.

CERAMICA



Tal vez sean las cerámicas lo más importante que se guarda en el Museo de Sagunto, de muy distintas procedencias y épocas: Edad del Bronce, Ibérica, Romana, Musulmana...aparecen por doquier en las vitrinas del museo. Grandes vasos pintados ibéricos, vasos y fragmentos de cerámica campaniense, los procedentes del Pic dels Corbs, la romana sin decoración alguna y como no la muy bonita cerámica llamada «Cáscara de huevo». Mención aparte merece la importante colección de cerámica rojiza denominada «Terra sigillata», importada de la península Itálica a todos los confines del mundo romano. En nuestro museo se conserva una interesante serie de estampillas de alfarero, interesante tipo de cerámica que llegó a Sagunto alrededor del siglo I antes de Cristo.

Otras muestras las tenemos en los fragmentos de cerámica del medioevo: «reflejos metálicos», cerámicas árabes, platos, cuencos y toda suerte de cacharro de barro cocido que en todas las épocas debió de circular por estas tierras. De las cerámicas más bastas hasta las más bien cuidadas y decoradas, sin olvidar por supuesto las más antiguas y que corresponden a la cultura del Bronce Valenciano, cuyo yacimiento del montículo del Pic dels Corbs, existe una buena representación en nuestras vitrinas.

La cerámica adquiere gran importancia en los estudios arqueológicos actuales ya que, por sus condiciones, perdura casi inalterable a lo largo de milenios, siendo en muchas ocasiones el único testimonio que queda de las más antiguas culturas. Por otro lado, la fragilidad de los objetos cerámicos como vasijas, tejas, ladrillos, figuras, piezas de apliques y otros objetos que por lo general se les da una corta vida útil, y la rápida evolución de las formas y calidades debido a las nuevas técnicas y procesos así como los gustos artísticos tan variados y cambiantes en cada época, proporciona a

los arqueólogos un elemento de la máxima utilidad para la datación cronológica de los lugares en que aparecen. Es por esto que el estudio de la cerámica ha constituido desde siempre uno de los principales objetivos de la investigación arqueológica, especialmente los vasos, por ser ellos precisamente los productos cerámicos más abundantes.

CABEZA FEMENINA

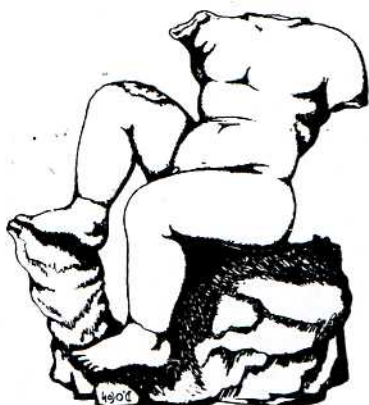


Cabeza femenina en mármol blanco. Se atribuye a una escultura de Venus o Diana y por la forma de ser tratado el cabello, así como por el idealismo helenístico del retrato, puede considerarse obra de principios del siglo II.

ESCULTURA MUTILADA



Esta escultura de mármol blanco y a la que le falta la cabeza y los brazos, fue hallada en las excavaciones efectuadas durante los años 1923 a 1932. La técnica utilizada y la forma de llevar la toga sitúan a esta pieza en la época flavia, es decir, entre los años 68-98 de nuestra Era.

TORSO DE NIÑO

Fragmento de escultura romana en mármol blanco. Se conserva sin cabeza ni brazos, y debió figurar en la decoración de alguna villa rústica. Perteneció al siglo I o II de nuestra Era.

COLECCION NUMISMATICA

En una de las vitrinas del Museo de Sagunto, se conserva una pequeña pero interesante colección de monedas de distintas épocas. El total de las monedas expuestas se acerca al centenar y su cronología abarca desde las emisiones ibéricas de ARSE hasta algunas acuñaciones medievales y modernas. De las monedas saguntinas acuñadas en ARSE cabe destacar un Triobolo de plata en buena conservación, pudiendo ser del orden de dos siglos antes de Cristo. Existen asimismo, monedas coloniales romanas, cecas ibéricas y una buena cantidad de monedas imperiales.

La gran mayoría de los numerarios que aquí se exponen son fruto de los hallazgos y entregas realizados por el Centro Arqueológico Saguntino, así como los donativos esporádicos de algunas personas que las encuentran de manera fortuita.

**CULTURA DEL BRONCE
EL PIC DELS CORBS**

Muy cerca de Sagunto se encuentra un pequeño montículo denominado «Pic dels Corbs» (Pico de los Cuervos) en cuya loma, hace ya varios años, se descubrió un importante poblado correspondiente a la cultura del Bronce Valenciano. Una buena muestra de los hallazgos realizados en este monte es la nutrida vitrina que dedicada a este tema, hay en nuestro Museo: Cerámicas, utensilios de hueso y, lo más importante, el resto de vasija conteniendo en su fondo, carbonizado, pero conservando su inconfundible as-



Vitrina conteniendo parte de los hallazgos realizados en el Pic dels Corbs.

pecto y características, un puñado de trigo que, por descuido de alguien que lo estaba tostando, se quemó y se tuvo que tirar junto a la rudimentaria vasija, junto al hogar en donde posiblemente se realizaba el guiso. Este importante hallazgo se debió a la infatigable labor de algunos miembros del Centro Arqueológico Saguntino, con motivo de realizar unos trabajos para determinar el espesor y riqueza de los estratos aparentemente superficiales.

Tras la recuperación de esta muestra importantísima, que podía ser la clave del primer poblamiento saguntino, se realizó todo tipo de gestión a fin de determinar su cronología sirviendo de base aquel pequeño resto de trigo carbonizado. Los resultados no se hicieron esperar, y tras las rigurosas gestiones, fue analizado este cereal en un laboratorio por la técnica del Carbono 14, dando como resultado una datación de unos 1600 ± 100 años antes de Cristo (según Pla Ballester en ARSE núm. 8, pág. 8 y ss. Sagunto, 1966) ó 3531 ± 100 B.P. (según Vega Riset en ARSE núm. 7, pág. 10 y ss. Sagunto, 1965). Sea cual fuere la fecha absoluta de este poblamiento, la investigación profunda nos dará una más exacta, aunque nos inclinamos a creer, por comparación con otros yacimientos, que el poblado del «Pic dels Corbs» debe corresponder a la primera de las fechas apuntadas.

Por los hallazgos que ha dado este yacimiento se puede afirmar que la población da la sensación de estar retrasada con respecto a la gran cultura del bronce que se desarrollaba en la misma época en gran parte de la península. Pero lo que parece indudable, es que su radio cultural se extendía profundamente por todo el área de Sagunto y que los restos cerámicos encontrados en las laderas del monte Picayo, así como en el cerro donde se levanta la acrópolis saguntina, de idéntica factura a la encontrada en el «Pic dels Corbs», no dejan lugar a dudas este posible parentesco de culturas.

En la vitrina destinada a exponer los hallazgos del montículo saguntino, en donde podría haber estado el primer poblamiento de la zona, no se muestra ni mucho menos el total del inventario de estos hallazgos, si no tan sólo una muestra; el resto, por falta de espacio y condiciones, no puede ser expuesto a la curiosidad del estudioso y del curioso. No obstante, la muestra puede ser un claro exponente de la vital importancia del yacimiento.

EL GRAU VELL

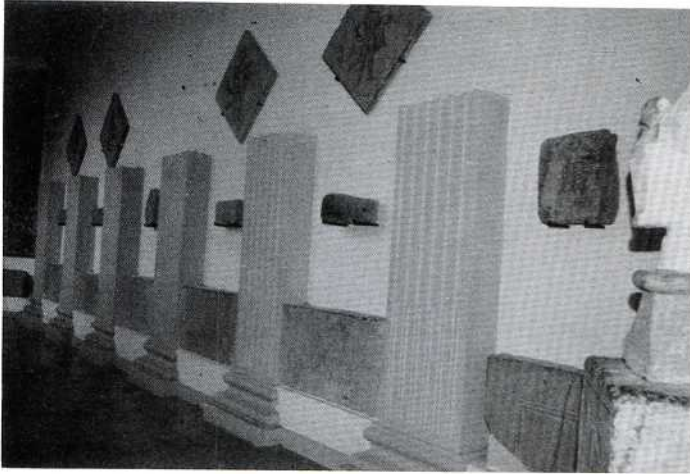
De las importantes estaciones arqueológicas de Sagunto, cabe destacar la localizada en el Grau Vell, antiguo Puerto de Sagunto que se halla a unos seis kilómetros al sureste de la actual ciudad, al sur de la desembocadura del río Palancia, y unido a la misma por el Camí Vell de la Mar, que cruza hoy una carretera construida para dar acceso a la siderúrgica desde la autopista del Mediterráneo.

El Grau Vell de Morvedre es conocido desde antiguo. Se trata de un simple fondeadero con gran movimiento marítimo sobre todo en el siglo XV por el cual se exportaban importantes cantidades de seda, cerámicas y otros productos valencianos. Esta población comenzó su decadencia a raíz de la implantación en 1907 del nuevo puerto de Sagunto, propiedad de la siderúrgica, quedando el Grau Vell como un barrio de Sagunto, habitado sobre todo por pescadores y labradores. Aún se conserva un antiguo baluarte o fuerte, así como una calle de casas que dan abrigo a un centenar de personas dedicadas sobre todo a la pesca.

Arqueológicamente, la zona tiene un gran interés. Ahí están, si no, los resultados de las dos excavaciones oficiales que se han realizado y que demostraron que en dicha zona del litoral del Camp de Morvedre hubo unas dependencias que sufrieron una gran destrucción a finales del Imperio Romano y que no fueron objeto de uso posterior, quedando el lugar completamente abandonado. Los estudios arqueológicos han demostrado que la vida de esta pequeña franja marítima saguntina se remonta con toda seguridad a los siglos cuarto y quinto antes de Cristo y que entre la época de César y la de Augusto tiene lugar una importante remodelación de la zona.

Interesantes y abundantes hallazgos arqueológicos han tenido lugar en el Grau Vell, sobre todo cerámicas y monedas. En cuanto a la arqueología submarina, diremos que son importantes los restos recuperados por el grupo especializado del Centro Arqueológico Saguntino que viene trabajando en la zona, así como rescatando variadas e interesantes ánforas, cepos de plomo, anclas y otros objetos que yacen en el fondo marino desde hace más de dos mil años. Los hallazgos del Grau Vell pueden contemplarse en distintas vitrinas del Museo.

EPIGRAFIA



Vista del Pabellón Funerario de la Familia Sergia.

Entre los variados materiales arqueológicos que se conservan en el Museo saguntino, destaca por su importancia la colección epigráfica que a lo largo de muchos años se ha ido recuperando en Sagunto y su zona de influencia. De epigrafía latina existe una importante colección -alrededor de 300 inscripciones sobre piedra gris de caliza y en algún mármol-, que pacientemente ha sido catalogada por Francisco Beltrán en su obra «Epigrafía latina de Saguntum y su territorium» editada por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia. En esta monumental obra, el autor da una amplia información de cada piedra escrita en lengua latina conservada en Sagunto y comarca.

Junto a la citada muestra de epigrafía latina, el museo cuenta con una pequeña pero interesante colección de epigrafía con letreros ibéricos, compuesta por ocho fragmentos, algunos de ellos conocidos desde antiguo y registrados por destacadas personalidades como Hübner y Gómez-Moreno. Estos autores catalogaron para Sagunto una buena cantidad de inscripciones de las que en la actualidad se desconoce su paradero.